

"...el puente entre el yo y el otro no significa semejanza, sino diferencia. Lo que nos une no es un puente, sino un abismo. El ser humano es plural: los seres humanos..." —
Octavio Paz

Siempre ocurre algo con nosotros. Ya sea porque realizamos una acción — acompañada de las reflexiones correspondientes — o porque somos arrastrados a situaciones que disponen de nosotros. Para expresarlo en términos luhmannianos, me interesa el segundo nivel de observación, es decir: ¿cómo opero como observadora con la pregunta de cómo sucede algo? Pero también: ¿qué sucede con mi existencia? ¿Cómo permito que las imágenes surjan a través de mi propio lenguaje? ¿Qué experimento en ello? Son estas preguntas las que me interesan en las performances, y al trabajar en ellas intento encontrar una respuesta.

Lo que también me fascina del arte del performance — a diferencia de otras disciplinas artísticas — es que vive en el aquí y el ahora, que posee un carácter efímero, que es único y que dispone de una cierta permeabilidad. Me muevo en una escisión entre dos mundos, entre deconstrucción y simulación, entre la unión del espacio y el tiempo del pasado y del presente. Me muevo en un sistema binario — privacidad y esfera pública, vida y muerte, México y Suiza, éxtasis y depresión. Esta dualidad viaja conmigo y me recuerda de dónde vengo, pero también dónde me encuentro — aquí y ahora. El pasado vuelve constantemente, porque es un presente oculto, como solía decir Octavio Paz.

La confrontación entre pasado y presente marca así una obsesión con estos dos mundos en mi trabajo performático, fundamentado en el diálogo con los nuevos medios, que utilizo como herramientas de trabajo, como el video y la computadora. Con "pasado" no me refiero necesariamente al tiempo pasado en sí, sino más bien, metafóricamente, a mi origen mexicano. Me refiero a todo aquello que me marcó durante mi infancia y juventud, cuando todavía vivía en México, y que llevo dentro de mí. Experiencias y vivencias, familia y amigos, costumbres y tradiciones, mi lengua materna, etc., son elementos que permanecen vivos en mí y con los que una y otra vez, de alguna manera, me enfrento a mi realidad actual.

Muchas veces me preguntaron por qué hago esto o aquello de cierta manera, y mi respuesta siempre fue: "soy mexicana". Como ser híbrido de origen hispano-mexicano, flotando entre mi propia cultura y lengua y las de este lugar, se volvió cada vez más claro para mí que – aunque me adaptara a las condiciones de aquí – nunca llegaría a ser suiza o europea. La grieta entre mi mexicanidad y la vida aquí acabaría haciéndose grande, de modo que empecé a reflexionar sobre ello. Intento trasladar estos pensamientos – en los que se despliega el microcosmos de mi propia historia, que a su vez contiene el macrocosmos – a mi trabajo artístico.

Intento representar el presente tal como lo experimento ahora, es decir, en una época en la que nuestra realidad se ha convertido en un concepto elástico. Esto significa que nos movemos simultáneamente en diferentes realidades, percepciones y mundos, de tal modo que la realidad real se fusiona con otras realidades. La realidad se disuelve lentamente y desaparecen las fronteras hacia otras realidades inaprensibles. Los seres humanos somos capaces de representarnos a nosotros mismos en el juego entre identidad y diferencia. Somos la interfaz de generación de nuestra propia visión del mundo y construimos nuestra imagen del mundo como mediadores.

Partiendo de esta idea, el cuerpo – generalmente mi propio cuerpo – constituye un elemento importante en mi trabajo, ya sea en video, performance o fotografía. Como artista opero entre cognición y comunicación, entre autoobservación y diferencia, e intento crear una intercontextualidad dentro de múltiples medios.

Con la ayuda de distintos objetos, así como – como ya mencioné – mediante el uso de videos, ya sean transmisiones en vivo o clips que reutilizo constantemente, intento operar en esta diferencia entre pasado y presente. Entre los objetos que utilizo en las performances se encuentran sofás o sillones, pelucas, fotografías y una cámara Polaroid, mini grabadoras, diarios y radios. ¿Por qué esta selección? Por un lado, tiene que ver principalmente con mi propia historia, pero también con preferencias personales. Por otro lado, tiene que ver con la cuestión de la autorrepresentación.

En mi opinión, el video constituye – en este caso – una herramienta muy adecuada para ello, porque me permite crear otra dimensión, una dimensión intensificada de autoescenificación, así como un desplazamiento del tiempo y de la mirada. Así me convierto en mi propia observadora. Observadora de la observadora de mi propio yo observado.

En una obra abordé el tema con la ayuda de dos láminas semicirculares de plástico que fui separando lentamente y que estaban extendidas en el suelo. Sobre ellas había una muñeca –típica mexicana de cartón–, una botella de vino, fotografías de mi juventud (las únicas fotografías que todavía conservo de esa época), cuatro velas, dos vasos, una concha y una pequeña campana. Durante todo el performance estoy descalza. En un lado de la lámina estoy sentada yo; enfrente de mí está sentada la muñeca. Lentamente separo las dos láminas y, del mismo modo, la muñeca y yo nos alejamos lentamente una de la otra. Tomo una fotografía de mi juventud y la quemo. Observo cómo arde lentamente. Nuevamente bebemos vino y brindamos por ello. La grieta se hace más grande, tan grande que ambas solo pueden verse desde lejos. Me siento detrás de la muñeca como si pudiera ver a través de sus ojos lo que ella ve: la grieta que ya existe entre ambas. Me levanto y tomo otra fotografía que yace sobre la lámina de mi lado y también la quemo. La muñeca y yo estamos ahora sentadas en extremos opuestos de la sala. Tomo la concha, la levanto en dirección a la muñeca y bebo vino de ella por última vez. El performance termina.

Con ello celebro no solo los recuerdos que permanecen del tiempo pasado, sino también la distancia, la cercanía y el tiempo mismo. El tiempo es movimiento y el movimiento es transformación. La grieta que separa a la muñeca y a mí es un símbolo de ese tiempo. De manera ritual quiero celebrar la presencia – una omnipresencia – de mi mexicanidad, que constituye un punto de referencia importante en esta obra. Así, la muñeca mexicana funciona como metáfora de mi infancia, de mi época estudiantil y de todo lo que viví en México cuando todavía vivía allí. Con ella está conectada y desaparecida una parte de mi historia. Solo permanece en mi memoria. En mi celebración.

En otra obra tengo en las manos un pequeño bolso negro y una cámara Polaroid. Dentro del bolso llevaba ciertos objetos y me propuse trabajar únicamente con ellos. Ese día tenía un oso de peluche, mi diario, una navaja, chicle, una peluca rosada y una pequeña corona con una cruz.

Estoy de pie en el lado izquierdo de la sala y comienzo, arrodillada en el suelo, a cortar el osito de peluche con la navaja hasta dejarlo casi destruido. Luego voy hacia el lado derecho del espacio y leo en voz alta fragmentos de mi diario, tanto en español como en alemán.

Después de leer tomo un paquete de chicles y me los mastico todos. Juego con ellos durante un rato. Dentro, fuera, dentro, fuera de mi boca.

Vuelvo al oso de peluche y termino de destruirlo. Nuevamente regreso a mi diario. Sentada en el suelo, leo otro fragmento en voz alta.

Me levanto y saco la papa del bolso. La como mientras camino por la sala. Sentada otra vez en el suelo, tomo la peluca y me la pongo. Durante todo el tiempo llevo unas gafas azules. Me las quito una vez que tengo puesta la peluca. Me levanto y camino hacia el marco de la puerta y permanezco allí por un momento. Luego tomo la corona y la quemo. Mientras arde, tomo la cámara Polaroid y fotografío mi rostro.

Observo cómo la corona se quema y apago el fuego con el pie – durante todo el performance estoy descalza.

Con la Polaroid en la mano paso junto al público repitiendo una y otra vez la frase:

“I’m not that girl, I’m not that girl, I’m not that girl.”

En esta obra permanecí sentada en el suelo casi todo el tiempo, aunque me desplazaba constantemente de un punto a otro del espacio.

El hecho de estar descalza significa para mí no perder el contacto con el presente. El suelo funciona como una metáfora que me sitúa en la realidad inmediata, pero también significa poder sentir algo firme bajo mis pies en el momento actual, en el estado presente de mi existencia.

Dentro de esta diferencia intento asumir la forma de distintas imágenes. Por ejemplo, con ayuda de la peluca rosada y los lentes azules, que nuevamente me conducen al presente – un que no es mi realidad completamente real, sino una realidad simulada. Soy mi propio simulacro y por eso recito:

“I’m not that girl.”

No se trata tanto de una cuestión de identidad, sino más bien de experimentar, probar, incluso jugar y experimentar con las múltiples posibilidades de la autorrepresentación dentro del juego entre lo íntimo y lo público. Hago públicos mis sufrimientos amorosos, mis sueños, mi estado emocional, leyendo fragmentos de mi diario al público y exponiéndolos.

Lo íntimo se mezcla con lo cotidiano, con la vida ordinaria, al mascar chicle o comer cacahuates. Lo íntimo y lo público, el ser uno mismo y la autoescenificación, la realidad y la ficción.

En mi -pen-último trabajo, por ejemplo, escenifiqué una especie de sala de estar con un sillón y una luz naranja difusa. Desde seis mini grabadoras dispersas por el suelo se escuchaba mi voz pronunciando distintas frases como: "I'm a hybrid child", "my memory is not my enemy", "I'm not that girl", junto con diversos sonidos y ruidos.

Un libro sobre México y una pequeña radio estaban sobre el sofá y en el suelo respectivamente. En el lado izquierdo de la sala podía verse una videoproyección que me mostraba durante el performance y que era transmitida con un desfase temporal respecto a lo que se veía en vivo.

Al comienzo del performance se escuchaban por toda la sala sonidos de niños jugando en la playa.

Entro en la sala y coloco el sillón muy cerca de la pared. Tomo un radio pequeño en la mano y enciendo y escucho. Después de un rato lo vuelvo a colocar en el suelo, junto a mí. Sentada en el sillón mastico chicle y luego vuelvo a mover el sillón hacia otro lugar, cerca del foco de luz.

Sigo mascando chicle y tomo el libro sobre México y leo solamente para mí. Selecciono algunas fotografías del libro, las arranco y las arrojó al suelo, a mi izquierda y a mi derecha. A continuación leo en voz alta un fragmento del libro.

Luego me levanto y tomo dos mini grabadoras en mis manos, escucho las frases que salen de ellas y las coloco muy separadas una de otra sobre el suelo. Cojo la cámara Polaroid, me coloco frente a la pared y hago un autorretrato. Nuevamente cojo dos mini grabadoras, las escucho también y las pongo por el suelo. Vuelvo a sentarme en el sillón y sigo mascando chicle.

Después me abro el saco que llevo puesto, tomo nuevamente el libro en mis manos, elijo varias fotografías, las observo y las arrojó al suelo.

Luego cambio de lentes y dejo en el suelo los que había llevado hasta ese momento.

Nuevamente coloco el sillón junto a la pared.

Otra vez tomo la cámara Polaroid y me quedo de pie junto a la puerta con ella en la mano y me hago una fotografía.

Recojo el radio, subo el volumen y se escuchan campanas sonar. Mientras escucho, estoy sentada en el sillón y aumento todavía más el volumen del pequeño aparato.

Después dejo el radio en el suelo y, sentada, tomo cinco Polaroid de mí misma. Espero hasta que las imágenes se vuelvan nítidas y las sostengo todas juntas en la misma mano. Me levanto y camino por la sala.

Con el pie activo las pequeñas mini grabadoras, una tras otra, de manera que puedan escucharse todas juntas por última vez.

Después de activar la última, digo y repito la frase:

"I am that girl, I'm that girl,"

y de esta manera abandono la sala mientras sigo repitiendo la frase hasta salir completamente.

El performance ha terminado.

Con este trabajo y con la selección de estos objetos quiero crear un espacio donde pueda hacer un zapping, como frente a la televisión. Zapping entre tiempos: entre el pasado y el presente.

Por eso elegí un sillón fácil de transportar y que puedo mover a cualquier lugar. Para mí representa algo parecido a tener un hogar. Estar en casa, donde me siento cómoda y protegida.

Puedo sentarme o recostarme según mi estado de ánimo. Sobre él puedo comer, pensar, leer, jugar, reflexionar, estirarme, incluso pensar de pie y simplemente ser yo misma.

Me transporta a otro nivel de mi propia realidad – ya sea pasada o presente – porque, a pesar de ese pasado, estoy sentada en el presente:

"Estoy sentada donde alguna vez estuve."

Desde la invención de la fotografía se le ha exigido representar la realidad, documentarla. Una documentación de mí misma mediante la cámara

Polaroid me interesa, por un lado, precisamente porque en pocos segundos puedo reflejar mi propia realidad, aunque también sea fragmentaria, apenas parcial. Por otro lado, porque me plantea la cuestión de la experiencia del yo – una reflexión que ya abordo en mi trabajo fotográfico. Son espejos de mi yo. Tanto las fotografías Polaroid como las demás fotos son miniaturas de mi propio mundo.

“Coleccionar fotografías es coleccionar el mundo”, escribió Susan Sontag. Yo reescribo la frase y afirmo: “mi acumulación fotográfica significa coleccionar mi propia historia”.

Las fotografías son objetos frágiles y ligeros. Puedo romperlas fácilmente o perderlas.

Utilizo constantemente en mi trabajo las frases “I’m a hybrid child”, “my memory is not my enemy” y “I’m not that girl”, ya sea por separado o todas al mismo tiempo.

Maricruz Peñaloza. Zurich, February 2000